



HORIZONTES DE LA ACTIVIDAD PROFESIONAL EDUCATIVA HORIZONS IN THE PROFESSIONAL AND EDUCATIONAL ACTIVITY

Volumen 14, Número 1
Enero - Abril
pp. 1-22

Este número se publicó el 30 de enero de 2014

Loida Elizabeth Velasco Ortiz
Sergio Aurelio Jiménez Saavedra

Revista indizada en [REDALYC](#), [SCIELO](#)

Revista distribuida en las bases de datos:

[CATÁLOGO DE LATINDEX](#), [IRESIE](#), [CLASE](#), [DIALNET](#), [DOAJ](#), [E-REVIST@S](#),
[SHERPA/ROMEO](#), [QUALIS](#), [MIAR](#)

Revista registrada en los directorios:

[ULRICH'S](#), [REDIE](#), [RINACE](#), [OEI](#), [MAESTROTECA](#), [PREAL](#), [CLASCO](#)

Los contenidos de este artículo están bajo una licencia [Creative Commons](#)



HORIZONTES DE LA ACTIVIDAD PROFESIONAL EDUCATIVA HORIZONS IN THE PROFESSIONAL AND EDUCATIONAL ACTIVITY

Loida Elizabeth Velasco Ortiz¹
Sergio Aurelio Jiménez Saavedra²

Resumen: En la actualidad, pareciera que el individuo actúa por inercia, mecanizado y enajenado de su realidad, sin reflexionar sobre sí mismo, dejándose llevar por las corrientes de pensamiento que permean su conciencia; por ello, en esta comunicación se realiza un breve recorrido histórico por las prácticas educativas, enfatizando en los griegos; así mismo, se analiza la importancia de una práctica pedagógica reflexiva, crítica y constructiva en el nivel superior, donde el papel del profesor es determinante para facilitar la toma de conciencia del educando; de igual manera, se hace la diferencia entre práctica educativa y práctica pedagógica, eje fundamental de este ensayo, y se destacan las características de la práctica pedagógica del siglo XXI muy ligada a la sociedad del conocimiento. Este trabajo culmina con una breve propuesta de lo que consideramos debiera modificarse para que la práctica pedagógica sea reflexiva, crítica y constructiva.

Palabras clave: REFLEXIÓN, PRÁCTICA PEDAGÓGICA, PRÁCTICAS EDUCATIVAS

Abstract: Nowadays we are living in a globalizing world where every person is performing out of habit, mechanized and out of his/her mind. People do not think about themselves and they are taking different thinking trends which they are aware of. From these backgrounds, a brief historical journey through the educational activities is done, emphasizing the greek ones. As well as, the importance of a reflective, critic and constructive pedagogical practice is analyzed in higher education. The role of the University Professor is determining in order to provide the students awareness. In addition, the difference between educational and pedagogical practice is done, an important part of this essay is. Century XXI pedagogic practice features are highlighted which is tied up with knowledge society. This Work finishes with a brief proposal about changing pedagogical practices in order to be reflecting, critic and constructive.

Key words: REFLECTION, PEDAGOGICAL PRACTICE, EDUCATIONAL PRACTICE

¹ Labora en Oaxaca, México, como docente en diversas universidades a nivel licenciatura y posgrado. Licenciada en Pedagogía por el Instituto de Estudios Superiores del Golfo de México (IESGM) y Maestra en Ciencias de la Educación por el Instituto de Estudios Universitarios (IEU). Ha realizado diseño curricular a nivel licenciatura y posgrado; cursos de formación docente en todos los niveles educativos, y evaluadora en el Programa Escuelas de Calidad. Dirección electrónica: veloy17@yahoo.com.mx

² Docente y diseñador curricular en educación superior. Licenciado en Pedagogía por el Instituto de Estudios Superiores de Oaxaca (IESO), Maestro en Ciencias de la Educación por el Instituto de Estudios Universitarios (IEU). Maestro en Administración de Instituciones Educativas por el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey (ITESM), Doctor en Ciencias de la Educación por la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca (UABJO). Dirección electrónica: sergioana1@hotmail.com

Ensayo recibido: 10 de junio, 2013

Devuelto para corrección: 10 de setiembre, 2013

Aprobado: 12 de diciembre, 2013

1. Historicidad de la práctica educativa

La capacidad de sentir pensar, conocer, crear y transformar los rumbos de vida, y también del entorno, es inherente al ser humano. Es así como hombres y mujeres somos capaces de estar en interacción con el medio social, transformando día a día nuestras acciones. Pasar por el mundo no es estático, conlleva movimiento, dinámica, dialéctica. Plantea una manera de conocer y asumir una posición ante el mundo y con el mundo.

Sin duda, esta forma de entender y concebir el mundo tiene que ver con los roles que se desempeñan dentro de la sociedad, pero también con una historicidad. Es decir, lo que se es y cómo se es, no es producto de la casualidad, sino es una construcción histórica, que se ha dado con el paso del tiempo y de la interacción del hombre con su medio.

Todas las épocas se han distinguido por un modo de crear las condiciones propias de reproducir las conductas sociales de la humanidad. Estas son el reflejo de una sociedad madura que ha creado su estructura propia, basada en valores que deben inculcarse en los miembros que forman parte de la colectividad social.

Así como Thoth fue el primer preceptor de los egipcios, Homero fue de los griegos, pues él representaba con su modelo educativo el *areté agonal*. La educación que el joven griego aprendía era la misma que el poeta daba a sus héroes, la misma que vemos recibir a Aquiles de labios de Peleo y a Telémaco de boca de Atenea (Marrou, Henri-Irénée, 1998, p.28), que simbolizaba el ideal social de la clase dominante y que, al mismo tiempo, perpetuaba que sus modelos de vida deberían transmitirse a las generaciones presentes y futuras. La *Ilíada* representaba el paradigma de esa clase, al contener el modo de ser del estatus social que regía los destinos de la ciudad-estado ateniense.

Nótese que la clase dominante siempre procura mantener el estatus social por medio de la reproducción de modelos que le permitan eternizarse en su universo social. Al romperse la situación de privilegio de la clase aristocrática, se origina en ella miedo y terror, pues al ser conservadora y amante del inmovilismo, es contraria a las transformaciones revolucionarias.

Sin embargo, no faltó la crítica de un filósofo renombrado, que se opuso a este tipo de educación, y que, además, criticaba duramente a Homero, pues en la *Ilíada* se manifestaba crudamente la actitud de los dioses que comúnmente cometían crímenes, robos y adulterios como los humanos. La razón de esta oposición, aparentemente intransigente, se debió a que la acción de los dioses era negativa para la enseñanza de los adultos y los niños. Platón

decía que esto acarrearía un desprestigio para los dioses y un mal ejemplo para los infantes que grabarían en su mente la maldad y perversidad de las divinidades (2003, Vol. IV, República, pp. 377a, 379b).

El principal enfoque de esta disputa recayó en los valores negativos que se propugnaban en la *Iliada* y que producían una conducta anormal en quienes recaía la enseñanza, ya que los dioses deberían ser modelos de bondad, de honestidad, de recato (2003, Vol. IV, República, p. 377a) y además promotores de todo hecho natural, como diluvios, terremotos y pestes. Desde esta crítica, Platón afirmaba que los actos inmorales de los dioses produciría en la sociedad griega la idea de que eran iguales o peores que los humanos (2003, Vol. IV, República, p. 379b).

No fue sino hasta el S. V donde los sofistas trastocaron esta forma de educar al cuestionar los principios en que residía esta educación (Calvo M., 1986, p.70). Afirmaban que los dioses no debían regir la conducta de los hombres, sino que los hombres deben decidir sobre los hechos de la vida y que la ley debe regir en sociedad, pues esta es más real que la fantasía divina.

La frase de Protágoras "el hombre es la medida de todas las cosas" (Villalobando, 2000, p. 40), cambiaba la concepción imperante de que los dioses eran los sujetos del destino de los hombres. La ideología de que el hombre es la medida de todas las cosas crea la relatividad de las ideas, que, a fin de cuentas, es obra de hombres y no de dioses, los cuales ya no serán un obstáculo que rijan la vida humana. Este pensamiento volcó a un nuevo tipo de individuo social y fortaleció la corriente democrática en desarrollo. Los sofistas ateos fueron los promotores de una nueva sociedad, "el pensamiento del hombre lleva a ponerse a sí mismo como problema (nace la autoconciencia): El problema del conocimiento y, el problema de la moralidad... No existe una verdad absoluta válida para todos" (Carrasco, 2013, p. 24).

La educación de los individuos no es producto de la casualidad. Es una construcción histórica, resultado de la incidencia de una práctica educativa, condicionada por el sistema de relaciones económicas y realizadas desde el seno familiar. En este sentido la práctica educativa es una práctica social, que impacta no sólo a una persona, sino a muchas con las que interactuamos. Es social porque el hombre y la mujer se presentan como seres sociales, no aislados, influenciados por las acciones de los otros en su camino de construcción de humanidad y como miembros pertenecientes a una comunidad. En ese andar por la vida,

hombres y mujeres son portadores de creencias, normas y valores que están latentes en nuestro ser culturalizado y que emergen en la medida en que interactúan con sus iguales.

2. Ámbitos de la práctica educativa

La práctica educativa se concreta en tres ámbitos: educación formal, informal y no formal. A continuación, se especifica a qué se refiere cada ámbito (Coombs y Ahmed, citado en Sarramona, 1998, p. 12).

La educación formal hace referencia al Sistema Educativo, altamente institucionalizado, cronológicamente graduado y jerárquicamente estructurado.

La educación informal se refiere al "proceso que dura toda la vida y en el que las personas adquieren y acumulan conocimientos, actitudes y habilidades..." (Coombs y Ahmed, citado en Sarramona, 1998, p. 12).

Por otro lado, la educación no formal es "toda actividad organizada, sistemática, educativa, realizada fuera del marco del sistema oficial, para facilitar determinadas clases de aprendizaje a subgrupos particulares de la población, tanto adultos como de niños" (Coombs y Ahmed, citado en Sarramona, 1998, p. 12).

Pese a esta distinción, conviene referenciar a Frabboni y Pinto (2007, p. 60) para clarificar tres conceptos más implícitos en estos ámbitos, que son: educación, instrucción y formación.

La palabra educación deriva de dos palabras latinas: *educare* que quiere decir criar, alimentar, y *e-ducere* que quiere decir extraer. Es la palabra referencial en la que se estructura el saber-hacer pedagógico y que, a su vez, designa un campo muy amplio de acción, y está presente en los tres ámbitos ya mencionados.

La instrucción, que deriva del latín *instruere*, significa hábil, en relación con lo cognitivo y los procesos de adquisición de conocimiento, saberes y competencias. Por lo tanto, este tipo de instrucción se realiza principalmente en el ámbito formal, específicamente, en la escuela.

En relación al concepto de formación, esta ha sido reinterpretada a través de la *paideia* griega, entendida como proceso dinámico de "adquirir forma", de "formarse" y "transformarse", como integración crítico-constructiva del binomio educación- instrucción. Aquí propiamente fundamentamos la razón de ser de la práctica pedagógica.

3. Distinción entre práctica educativa y práctica pedagógica

La práctica educativa, como ya se mencionó, se efectúa en todas partes: en los ámbitos formal, informal y no formal. Es decir, es un término mucho más amplio que no sólo se limita a la escuela como el único lugar para efectuarla. En cambio, la práctica pedagógica es mucho más estructurada y con una intencionalidad más precisa sobre lo que se quiere formar.

El pasado da cuenta de que la práctica educativa se ha desarrollado y caracterizado según el contexto y la cultura. Los griegos no consideraron en ningún momento la realidad como algo estático, más bien la asumían como algo histórico y dialéctico, lo cual llevó a abordar la educación como una totalidad, donde el objeto de conocimiento no era un objeto real, sino una construcción social, producto de un sentido innato que alude específicamente a la clara apreciación de las leyes de la realidad. Esta aprehensión se manifestó claramente en la vida, en el pensamiento, en el lenguaje, en la acción y en todas las formas de arte. La educación se ve definida como un proceso y una necesidad constante de formar al hombre para que la comunidad griega se conservara y transmitiera su peculiaridad física, espiritual e intelectual. Por lo tanto, el fin de la educación descansaba en la formación de un alto tipo de hombre, que representara el sentido de todo esfuerzo humano concretando sus sueños en la paideia.

El término paideia, designa el proceso integral de la educación entre los griegos. Es una palabra que comienza a usarse en el siglo V antes de nuestra era. El vocablo de que se servía la más antigua literatura para aludir al fenómeno de la formación humana, era el sustantivo areté, en su acepción de fuerza y capacidad: "El vigor y la salud, son areté del cuerpo. Sagacidad y penetración, areté del espíritu" (Werner, 1998, p. 21). En su uso inicial, la palabra paideia (de país, niño) no traspuso su origen filológico: significó la educación de los infantes. Sólo más tarde tuvo el sentido de formación cultural en general. Paidagogía (de país, niño y ago, conduzco) designa en sus orígenes compañía y vigilancia del muchacho. De ahí que se llamara paidagogos (el conductor del niño) el esclavo encargado de guiar a los niños a la escuela.

La paideia designa, como fenómeno integral, la educación y la cultura del cuerpo y del alma. Comprende dos partes:

- a) La gimnástica (de gimnos, desnudo). Gimnastiké es el conjunto de ejercicios físicos cuyo exponente es el pentatlón, cinco eventos.

b) La música (de *moysiké techné*, arte de las musas) es el aspecto de la formación espiritual; por tanto, abraza la educación estética, moral, religiosa, etc. (Werner, 1998, p. 95).

En el mundo judeocristiano las prácticas educativas se centraron en elevar la espiritualidad del hombre, teniendo como idea básica que Dios es perfecto y el hombre no. A partir de los siglos XVII y XVIII, la práctica educativa se basa en adquirir conocimientos y frenar las pasiones carnales a través de la religión. Como consecuencia, las personas debían ser virtuosas y temerosas de Dios, pues esa idea se había difundido entre ellos.

Todo lo mencionado anteriormente tenía que ver más con una práctica educativa que con una práctica pedagógica. Sin embargo, aunque los griegos a través de la *paideia* hablaban de una formación del ser humano, aún no había una sistematización exacta de la cuestión instructiva. Cuando Juan Amos Comenio empieza a difundir sus ideas sobre la sistematización de la enseñanza, inicia también una nueva etapa, que es el surgimiento formal de la escuela como un espacio educativo para la atención de los infantes. Así se da paso a una pedagogía moderna (Villalpando, 2000, pp. 168-172) y, en consecuencia, se empieza a difundir la idea de un tipo de escuela pública para todos –proclamada por varios pensadores europeos-. A partir de ese tiempo, la práctica educativa se convierte en una práctica pedagógica, más sistematizada y reglamentada por normas y contenidos estrictamente articulados.

La práctica pedagógica de este tiempo es orden y disciplina. El orden se materializa en el método que ordena tiempo, espacio y actividad. La autoridad se personifica en el maestro, dueño del conocimiento y del método. Nada se deja al azar, el método garantiza el dominio de todas las situaciones. Se refuerza la disciplina, ya que se trabaja con modelos intelectuales y morales previamente establecidos. A esta etapa de la práctica pedagógica se le denominó escuela tradicional, en la cual se respetaba un sistema rígido de autoridad. En el maestro recaía toda autoridad, y se estableció una marcada dependencia del alumno hacia el profesor, retardando la evolución afectiva del niño, infantilizándolo y favoreciendo su incorporación acrítica en el sistema de las relaciones sociales.

Posterior a esta etapa de la práctica pedagógica, surge una idea diferente acerca de la educación, en donde aparece la denominada Escuela Nueva a finales del siglo XIX y toman fuerza a principios del siglo XX. La misión del educador estriba en crear las condiciones de trabajo que permitan al alumno desarrollar sus aptitudes; para ello, se vale de

transformaciones (no radicales) en la organización escolar, en los métodos y en las técnicas pedagógicas. Pansza, Pérez y Morán (1996, p. 53) indican que las principales consignas de la Escuela Nueva, son:

- La atención al desarrollo de la personalidad, revalorando los conceptos de motivación, interés y actividad.
- La liberación del individuo, reconceptualizando la disciplina, que constituye la piedra angular del control ejercido por la escuela tradicional, y favoreciendo la cooperación.
- La exaltación de la naturaleza.
- El desarrollo de la actividad creadora.
- El fortalecimiento de los canales de comunicación interaula.

En el siglo XX, empieza fuertemente la industrialización en América Latina. La educación sufre la incorporación de tecnologías con aplicaciones directas al quehacer docente, y se da paso a una forma científica, técnica, instrumental y, aparentemente, neutral del trabajo educativo (Pansza, et al., 1996, pp. 54-57). La Tecnología Educativa se circunscribirá a una visión reduccionista de la educación, ya que bajo la bandera de eficiencia, neutralidad y cientificismo, la práctica pedagógica se limitará a la intervención técnica.

A mediados del siglo XX, surge una pedagogía denominada Didáctica Crítica, que cuestiona, tanto los principios de la Escuela Nueva, como los de la Escuela Tradicional y la Tecnología Educativa, postulando la reflexión colectiva entre maestros y alumnos sobre los problemas que involucran su realidad social y retomando aspectos de la ideología que se reproduce en las escuelas. Defendía la idea de renovar la enseñanza, haciéndola no sólo un proceso instructivo, sino también formativo y participativo, vista como un espacio de reflexión y acción.

En pleno siglo XXI otros cuestionamientos surgen en torno a la práctica pedagógica realizada en las escuelas, pues este espacio que debiera servir para reflexión y toma de conciencia del educando, tiende a institucionalizar y a burocratizar la enseñanza. A partir de estos planteamientos históricos de la educación, se puede enfatizar que la práctica pedagógica ha recorrido un camino muy amplio por la historia de la humanidad.

La práctica pedagógica es entendida como el conjunto de acciones presentes en el quehacer cotidiano que se realiza en el aula de clases. En ella están implícitos, como

elementos integradores de esta práctica, el maestro, el alumno, los contenidos curriculares, el espacio y el tiempo en que se sitúan estos. Asimismo, Andrade y otros autores consideran que la práctica pedagógica es "la actividad cotidiana realizada por los docentes, orientada por un currículo, en un contexto escolar y social, dirigida a la construcción de saberes y formación de los estudiantes como vía para el desarrollo personal y la convivencia social" (Andrade, Contreras y Díaz, 1998, p. 2).

Sin embargo, la práctica pedagógica está estrechamente vinculada a una cultura, que suele ser a veces compartida; a fin de cuentas es lo que distingue a una institución educativa. La cultura es unitaria y plural, por cuanto es una mezcla heterogénea de conocimientos, creencias, sentimientos, actitudes, valores, gustos, relaciones, costumbres, rituales, etc. Entre cultura y escuela hay una íntima relación. La cultura escolar es educativa en el sentido de que cala en la personalidad. Por otro lado, cada miembro de la comunidad contribuye con su personalidad a generar esa cultura.

Cada comunidad educativa posee su propia cultura escolar. Por más que haya ciertos "universales culturales", cada institución escolar tiene su idiosincrasia, es decir, su "singularidad cultural". La cultura escolar penetra por todos los rincones del centro educativo. Ejerce, de hecho, un impacto (patente y latente) en el proceso formativo. Solo a través de estos aspectos podemos entender la práctica pedagógica. El proceso por el cual se vive una cultura en la explicación deductiva nos lleva a pensar en múltiples subculturas en el ámbito educativo, no obstante:

La cultura es aquella parte de las interacciones y experiencias humanas que determina cómo uno se siente, actúa y piensa. Es a través de la propia cultura como uno sienta pautas para distinguir el bien del mal, la belleza y la verdad y para hacer juicios sobre uno mismo, así como de los demás. Las cosas e ideas que uno valora y aprecia, como uno aprende, cree, reacciona, etc.... todas están inmersas y son impactadas por la propia cultura. Es la cultura la que determina el sentido mismo de la visión que tiene el individuo de la realidad. (Nakagawa citado en Girard y Koch, 1997, p. 6)

Sin embargo, los cuestionamientos que surgen en torno a la práctica pedagógica realizada en las escuelas, ponen en tela de juicio la idea de si verdaderamente está correspondiendo a las necesidades de la sociedad.

Se ha confundido la necesidad de educación con la de escolarización, cayendo en la necesidad instructiva y no formativa, a tal grado que la escuela se ha convertido en un espacio donde pasamos la mayor parte de nuestra vida; nuestra escolarización rebasa los 17 años para lograr una carrera. Los niños desde muy temprana edad se han integrado a este proceso de escolarización. Estamos hablando de que, de una edad de tres a los dieciséis años --en el caso de México--, las personas están en una escuela. Esto ha sido un logro muy significativo, pero también bastante incongruente, pues en el dilema de la educación aparece una gran cantidad de horas por asignatura, que el alumno debe pasar para terminar un nivel educativo y reconocerse como persona instruida. Las acciones y actividades que se realizan en una escuela la podemos entender por dimensiones, que son las formas en las cuales se lleva a cabo la escolarización por lo tanto.

Las dimensiones que la escuela abarca son por tanto: una infancia a la que se institucionaliza; unos maestros que programan, dirigen y manipulan; una asistencia obligada al interior de las aulas, lo que le da a la institución sus coordenadas espacio-temporales; por último implica un currículum graduado por niveles que se encarga de petrificar y estandarizar a los alumnos. (Palacios, 2000, p. 565)

En este proceso de escolarización, los sistemas escolares tienden a custodiar, seleccionar el papel social, adoctrinar y obedecer pasivamente órdenes. Desde este punto de vista, "un individuo educado será aquel que ha sido capaz de pasar con éxito unos currículos determinados y será tanto más educado cuántos más currículos de nivel cada vez superior haya podido recorrer con éxito" (Palacios, 2000, p. 565). Se aprende que, mientras más horas se pase en la escuela, más vale uno en el mercado. Pensar que la felicidad y el crecimiento personal se dan en función a la escolaridad que tengamos, supone que la escuela es el único espacio para educar.

Algunos teóricos como Illich y Reimer (Palacios, 2000, pp. 567-568) cuestionan esta escolarización, producto de una sociedad capitalista y elitizada, que sólo ha hecho de la educación una institución burocrática al servicio de la clase dominante, al grado de que se ha llegado a decir que la escuela ha muerto, o por lo menos que debiera desaparecer. Estas ideas se deben principalmente a que la práctica pedagógica realizada en las escuelas enseña a aceptar y a reproducir el sistema social. Estos autores enfatizan que las escuelas enseñan el consumo de instrucción, pervirtiendo la natural inclinación del niño a aprender y a